

amada amiga á quien tanto debo, que si cesar partirá con Vm. mi amistad, mis cuidados, mi gratitud, y todos los afectos de que aun es árbitro mi corazón. De vuelta no tardaré en escribir á Vm. mas por extenso, porque necesito de sus consejos, y quiero observarme con atención. Sé mi obligación y la desempeñaré. Aunque tan grato sea para mí el habitar esta casa, estoy resuelto, y juro que si una vez conozco que cobro á ella mas apego de lo que es justo la abandonaré inmediatamente.

~~~~~

CARTA 7<sup>a</sup>.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA  
DE ORBÈ.

Si nos hubieras otorgado el plazo que te pedíamos, ántes de irte hubieras tenido el gusto de ver y abrazar á tu cliente, que llegó ántes de ayer y queria irte á ver hoy; pero una especie de curvatura, efecto de la fatiga y del viage, hace que no salga del cuarto, y se ha

sangrado esta mañana (1). Por otra parte, para castigarte estaba yo resuelta á no dejarle partir tan breve, y no tienes mas que hacer que venirle á ver aquí, ó te prometo que no le veas en mucho tiempo. Pues bien pensado estaria eso que viera ahora separadas á las inseparables.

De veras, prima, que no sé que vanos temores me habian obcecado el entendimiento acerca de este viage, y tengo vergüenza de haberme opuesto con tanto tesón á él. Cuanto mas miedo de verle tenia, mas sentimiento tendria hoy de no haberle visto, porque ha disipado su presencia los recelos que todavía me quedaban, y que podian llegar á ser legítimos á poder de ocuparme en él. Léjos de que me asuste el afecto que á él en mí siento, creo que desconfiaría mas de mí si le quisiera ménos; pero le amo tan tiernamente como ántes sin amarle del mismo modo. De la comparacion de lo que al verle experimento, y lo que ántes experimentaba saco lo seguro de mi estado actual, y en tan diversos afectos se hace sensible la diferencia en proporcion de su viveza.

(1) ¿Porqué sangrado? ¿es moda tambien en Suiza?



Por lo que á él hace, aunque desde el primer instante le reconocí, hallo que ha mudado mucho, y (cosa que en otro tiempo no hubiera imaginado ser posible) en muchas cosas me parece que ha mejorado con la mudanza. El primer dia dió algunas muestras de estar cortado, y yo con mucha dificultad le manifesté despejo; pero no tardó en volver al tono de entereza y el estilo franco que á su carácter son naturales. Siempre le habia visto tímido y medroso; el temor de disgustarme, y acaso la secreta vergüenza de un papel indigno de un hombre de bien le hacian tener en mi presencia cierta expresion baja y servil de que muchas veces te burlabas tú con razon. Ahora en vez de la sumision de un esclavo tiene el respeto de un amigo que sabe honrar lo que estima; dice sin recatarse razones de hombre de bien, no tiene miedo de que sean sus máximas de virtud opuestas á sus intereses; no teme perjudicarse ni afrentarme alabando las cosas loables; y en toda cuanto dice se deja sentir la confianza de un hombre recto y seguro de sí propio, que saca de su corazon la aprobacion que ántes de una mirada mia esperaba. Tambien encuentro que le han quitado la experiencia y el trato de

la gente aquel tono dogmático y resolutivo que en el gabinete se adquiere; que juzga con ménos prontitud de los hombres desde que ha visto tantas excepciones, y que, generalmente hablando, le ha sanado el amor de la verdad del espíritu de sistema, de suerte que brilla ménos y es mas racional, y se instruye uno mucho mas con él desde que no sabe tanto.

Tambien ha mudado su figura sin perder nada; se presenta con mas libertad, anda con mas soltura, y acciona con mas entereza, y ha traído de sus campañas cierto ayre marcial que eso mas bien le cae, que su gesticulacion presta y viva, cuando está animado, es mas pensada y grave que en otro tiempo. Es un marino que tiene fria y flemática la facha y el hablar impetuoso y ferviente. De mas de treinta años su semblante es el del hombre en su perfeccion, y con el fuego de la juventud junta la magestad de la edad madura. Su color no está conocido; negro como un Etiope, y ademas muy señalado de viruelas. Querida, si te lo he de decir todo; me da alguna pena el mirar estas señales, y muchas veces me cojo mirándolas sin querer.



Creo que he visto que si yo le examino, tambien con igual atencion me examina él. Despues de ausencia tan larga es cosa natural contemplarse reciprocamente con una especie de curiosidad; pero si parece que participa esta del anhelo antiguo, ¡que diferencia no ménos en el modo que en el motivo! Si se encuentran ménos veces nuestras miradas nos miramos con mas libertad. Parece que media entre los dos un convenio tácito para contemplarnos alternativamente. El uno siente, por decirlo así, cuando es la vez del otro, y desvía los ojos entónces. ¿Es posible volver á ver sin gusto aunque ya no haya emocion, lo que tan tiernamente en otro tiempo quisimos, y lo que con tanta pureza hoy amamos? ¿quien sabe si no procura el amor propio justificar los pasados errores? ¿quien sabe si cada uno de los dos cuando deja de cegarle la pasion, no se complace aun en decir: no habia yo escogido tan mal? Sea como fuere, te lo repito sin vergüenza; le conservo los mas dulces afectos que durarán tanto como mi vida. Léjos de echármelos en cara me complace en ellos, y me sonrojaria de no sentirlos, como de un vicio de índole y una prueba de mal corazon. En quanto á él, creo que despues de la

virtud lo que mas quiere en el mundo soy yo. Conozco que está ufano de mi estimacion; yo tambien lo estoy de la suya, y mereceré conservarla. Ha; si vieras con que terneza halaga á mis hijos, si supieras quanto gusto siente en hablar de ti, prima, conocerias que todavia me quiere.

Lo que dobla mi confianza en la opinion que ámbas de él tenemos, es que coincide con ella la del señor de Wolmar, y que desde que le ha visto piensa de él todo el bien que nosotras le habíamos dicho. Estas dos noches pasadas me ha hablado mucho de él, dándose el parabien por su determinacion, y á sí propio, le enseñarémos á que haga mas aprecio de su propia virtud, y acaso un dia disfrutaremos con mas utilidad de lo que tu piensas de los cuidados que tomarnos vamos. Por ahora empiezo diciéndote que me agrada su carácter, y que le estimo particularmente por un respeto en que él no piensa, que es la tibieza que conmigo gasta. Quanto ménos amistad me manifiesta mas me inspira; no puedo decirte quanto temor tenia de que me halagase. Esta era la primera prueba que le destinaba. La



segunda se ofrecerá en breve (1), y en ella le observaré bien, despues no le volveré á observar. Esta primera, le respondi, no prueba otra cosa que la ingenuidad de su genio, porque nunca en otro tiempo se pudo determinar á adoptar un estilo sumiso y condescendiente con mi padre, aunque tanto interes en ello le iba, y aunque yo se lo rogase con las mas vivas instancias. Vi con dolor que se privaba de este recurso único, y no pude enojarme con él, porque no quisiese ser falso en nada. Es muy distinto el caso, replicó mi marido; entre tu padre y él hay una antipatia natural fundada en la oposicion de sus máximas; pero yo que ni tengo sistema ni preocupaciones, estoy cierto de que no me aborrece naturalmente. Nadie me aborrece, porque un hombre desapasionado no puede infundir aversion á nadie; pero le he quitado su prenda, y no me lo perdonará tan presto. Me amará con mas veras, cuando esté perfectamente convencido de que el daño que le he hecho no me estorba el quererle

(1) La letra en que se trataba de esta segunda prueba se ha suprimido; pero se hablará de ella, cuando llegue el caso.

bien. Si me halagase ahora seria un embustero, si no me halagase nunca, un monstruo.

Aquí estamos, Clara mia, y empiezo á creer que bendecirá el Cielo la rectitud de nuestros corazones, y las benéficas intenciones de mi marido. Pero es mucha paciencia la mia al decirte todas estas circunstancias, tú no mereces que yo tenga gusto en confianzas contigo; estoy resuelta á no decirte nada mas, y si quieres saberlo ven á verlo por tus ojos.

*P. D.* No obstante es menester que te diga lo que acaba de suceder con motivo de esta carta. Ya sabes con que indulgencia oyó Wolmar la confesion tardía que la inesperada vuelta de nuestros amigos me precisó á hacerle, y viste con que dulzura supo enjugar mis llantos y disipar mi vergüenza. Ya sea que no le hubiese dicho nada de nuevo para él, como con bastante fundamento tú has conjeturado, ó ya que efectivamente haya movido su corazon una accion que solo el arrepentimiento podia dictarme, no solo ha seguido viviendo conmigo como de ántes, sino que tambien parece que han doblado sus atenciones, su estimacion y su confianza, y que á poder de obsequios quiere pagarme el rubor que me costó mi confesion. Tú, prima,



que conoces mi carazon, te puedes figurar la impresion que en él ha hecho semejante conducta.

Luego que le ví resuelto á permitir que viniera aqui nuestro antiguo maestro me determiné por mi parte á tomar contra mí la mas eficaz precaucion que podia usar, que fué escoger por confidente á mi propio marido, no tener conversacion privada ninguna que no le refriese, ni escribir ninguna carta que no le enseñase, y me propuse escribir cada carta como si no hubiera de verla, y enseñársela luego. En esta hallarás un artículo que me ha ocurrido de este modo, y si al escribirle no pude ménos de pensar en que le habia de leer, me doy testimonio de que no me ha hecho esto mudar una sílaba; pero quando le he querido enseñar la carta se ha reido de mí, y me ha hecho el gusto de leerla.

Te confieso que me ha picado un poco este desayre, como si no se fiara de mi buena fe. Ha calado mi recelo, y me ha restituido mi serenidad el mas ingenuo y generoso de los humanos. Confiesa, me ha dicho, que hablas ménos de mí en esa carta de lo que acostumbrabas. Convine en ello. ¿Era decente hablar

mucho de él para enseñarle lo que decía? Pues bien está, replicó sonriéndose, mas quiero que hables mas de mí, y no saber lo que digas. Prosiguió luego en tono mas serio. El matrimonio es un estado muy austero y muy grave para sufrir todas las confianzas de frioleras del corazon que admite la tierna amistad. A veces templa este último lazo como conviene la mucha severidad del otro, y es bueno que una muger honesta y de razon pueda cerca de una amiga fiel encontrar los consuelos, las luces y los consejos que sobre ciertas materias no se atrevería á pedir á su marido. Aunque entre vosotras dos no digais nada que no quisieras tú que yo supiera, guárdate de hacer de esto ley, porque es de temer que te ate esta obligacion, y que sean ménos gratas vuestras mutuas confianzas estendiéndose á mas personas. Créeme, la franqueza de la amistad se coarta delante de un testigo, sea cual fuere. Mil secretos hay que no deben saber los testigos, y que solo entre dos pueden decirse. Las mismas cosas fias de tu amiga que de tu esposo, pero no del mismo modo; y si quieres confundirlo todo sucederá que tus cartas mas que á ella á mí irán escritas, y que no estarás á tu gusto, ni con una ni con



otro. Te hablo así tanto por mi interés, como por el tuyo. ¿No ves que ya temes la justa vergüenza de alabarme en mi cara? ¿porqué quieres privarnos á ti del gusto de decir á tu amigo cuanto quieres á tu marido, y á mí del de pensar que en tus mas secretas conversaciones te complaces en hablar bien de él? Julia! Julia! añadió apretándome la mano, y mirándome con dulzura: ¿te has de abajar á precauciones que tanto desdican de lo que eres, y no has de saber nunca estimarte en lo que vales?

Querida amiga mia, yo no acierto á decirte como hace este hombre incomparable, pero no sé sonrojarme de mí en su presencia. Mal de mi grado me encumbra á mas alta esfera que la mia, y veo que á poder de confianza me enseña á merecerla.

~~~~~

CARTA 8ª.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA
SEÑORA DE WOLMAR.

¿Como así, prima? ¡ con que ha llegado nuestro caminante, y todavía no le he visto á

mis plantas cargado de los despojos de las Américas! te advierto que es á él á quien acuso yo de la tardanza, porque sé que no ménos ganas tiene que yo de venir; pero veo que no está tan olvidado como tu dices de su antiguo oficio de esclavo, y ménos que de su negligencia me quejo de tu tiranía. Pues bonito me parece que quieras que una grave y formal melindrosa como yo se tome la delantera, y abandonando todos sus asuntos eche á correr para besar una cara morena y agironada (1), que ha pasado cuatro veces por debajo del sol, y ha estado en la tierra de las especias. Pero cuando me haces reir es cuando empiezas á reñirme, de miedo de que te riña yo ántes. El enfadarme es oficio mio, que es mi gusto y le desempeño á las mil maravillas; y me cae muy bien; pero tú, no es posible ser mas torpe; y no te da el naype para reñir con nadie. En cambio si supieras que gracia tienes cuando haces por que te riñan, que bonita te pones con tu cara confusa, y tus ojos que piden perdon en vez de reñir pasarías toda la vida solicitando misericordia, sino por obligacion á lo ménos por parecer bien.

(1) Señalado de viruelas.

Por esta vez pídemela de todos modos. Pues no estaba malo el proyecto de hacer de su marido su confidente; por cierto precaucion muy satisfactoria para amistad tan santa como la nuestra. ¡Injusta amiga y muger pusilánime! ¿pues de quien fiarás tu virtud en la tierra, si de tus afectos y los míos te desconfías? ¿en el sagrado lazo en que vives puedes, sin ofendernos á entrámbas, temer tu corazón y mi indulgencia? No puedo comprender como no te ha repugnado la idea sola de admitir á un tercero en las parladuras secretas de dos mugeres. Yo por mí gusto mucho de charlar á mi saber contigo, pero si supiera que alguna vez los ojos de un hombre andaban haciendo registro de mis cartas, no tendría gusto ninguno en escribirte, poco á poco se introduciría entre nosotros con la reserva la tibieza, y no nos querriamos mas que como otras dos mugeres cualesquiera. Mira á lo que nos exponia tu desconfianza tonta, si no hubiera tenido tu marido mas juicio que tú.

Ha obrado con mucha prudencia en no querer leer tu carta. Acaso hubiera quedado ménos satisfecho con ella de lo que tú esperabas, y ménos de lo que yo misma lo estoy, porque el estado en que te he visto me enseña á juzgar

con mas tino de aquel en que te veo. Todos esos sabios contemplativos, que han pasado su vida estudiando el corazón humano saben ménos de las verdaderas señales del amor que la mas limitada de las mugeres sensibles. El señor de Wolmar habría notado lo primero que gastas toda tu carta en hablar de nuestro amigo, y no hubiera visto la posdata, en que no dices palabras de él. Si hubieras escrito esta posdata diez años hace, no sé, hija mia, como hubieras hecho, pero hubieras metido por alguna rendija en ella á tu amigo, eso mas que no la habia de ver el marido.

Tambien hubiera notado el señor de Wolmar la atencion con que has examinado á tu huésped, y el gusto que en describirle tienes; pero se tragaría á Platon y Aristóteles ántes de saber que á su amante se le mira, y no se le examina. Todo examen requiere una sangre fria que nunca tiene quien ve lo que quiere.

Finalmente se imaginaria que todas esas mudanzas que tú has observado no las hubiera reparado otro, y yo al contrario me temo que he de hallar otras que tú no hayas notado. Por diferente que sea tu huésped de lo que era, todavia mudaría mas, si no estuviese mudado

tu corazón, siempre le verías el mismo. Sea como fuere, apartas los ojos cuando te mira, también es buena señal. ¡ Los apartas, prima! ¿ con que no los bajas? Porque ciertamente no has equivocado una voz con otra. ¿ Crees que también hubiera notado eso nuestro sabio?

Otra cosa muy capaz de dar inquietud á un marido es un no sé que tierno y afectuoso que queda en tus expresiones hablando de lo que quisiste. Quien te lea ó te oiga hablar necesita conocerte bien para no equivocarse acerca de tus afectos; necesita saber que hablas así de uno que no es mas que tu amigo; ó que hablas así de todos tus amigos; pero en cuanto á esto, es natural afecto de tu carácter que tiene sobrado conocido tu marido para asustarse por ello. ¿ Como en corazón tan tierno la amistad mas pura no se ha de dar cierto ayre al amor? Escucha, prima, todo cuanto aquí te digo debe infundirte valor, pero no temeridad: tus adelantamientos son sensibles, y no es poco. Yo solo con tu virtud contaba; y empiezo á contar con tu razón; ahora doy tu cura, sino por acabada, por fácil á los ménos, y has hecho justamente lo suficiente para que no te quedara disculpa, si no la rematases.

Antes de llegar á tu posdata habia yo notado el parrafito que has tenido la ingenuidad de no suprimir ni modificar creyendo que le habia de ver tu marido. Estoy cierta de que si le hubiera leído, te hubiera tenido, si es posible, en mas estimacion, pero no por eso le hubiera el párrafo gustado. Generalmente hablando, tu carta era capaz de inspirarle mucha confianza en tu conducta, y mucha inquietud acerca de tu inclinacion. Yo te confieso que esos hoyos de viruelas que tanto miras, me dan miedo; nunca inventó el amor tan peligroso afeyte. Sé que eso nada querría decir para otra; pero no echas en olvido, prima, que la que no habia podido ser seducida por la juventud ni la figura de su amante se rindió á la idea de los males que por ella habia padecido. Sin duda quiso el Cielo que le quedasen esas señales de su enfermedad para ejercitar tu virtud, y que á tí no te quedasen para ejercitar la suya.

Vuelvo al asunto principal de tu carta; tú sabes que fui allá volando cuando recibí la de nuestro amigo porque era grave el caso. Pero si supieras ahora el enredo en que me ha metido esta corta ausencia, y cuantos negocios tengo

encima, conocerías la imposibilidad en que me hallo de dejar segunda vez mi casa sin ponerme nuevos grillos, y verme precisada á pasar en ella todavía este hibierno; cosa que ni á tí ni á mí nos conviene. ¿No vale mas privarnos de vernos de priesa por dos ó tres dias, y reunirnos para siempre seis meses ántes? Tambien creo que convendrá que hable privadamente, y á mis anchuras, con nuestro filósofo, ya sea para sondear y fortificar su corazon, ya para darle algunos consejos acerca del modo con que con tu marido y aun contigo debe conducirse, porque no me imagino que le puedas tú hablar con libertad en la materia, y por el tenor de tu misma carta veo que necesita consejos. Estamos tan acostumbradas á gobernarle, que somos algo responsables de él á nuestra propia conciencia, y hasta que tenga enteramente libre el uso de su razon debemos suplirla nosotras. Yo por mí me encargaré siempre con gusto de este cuidado, porque mis consejos los ha seguido con tan costosa deferencia, que nunca me olvidaré de ella, y no hay hombre en el mundo, desde que no es vivo el mio, que tanto quiera y estime como él. Tambien le destino en pago la satisfaccion de

hacerme algunos servicios. Tengo sin arreglar muchos papeles que me ayudará coordinar; y algunos negocios arduos para los cuales podré necesitar de su actividad y sus conocimientos. Por último no pienso detenerle arriba de cinco ú seis dias, porque soy sobrado vaña para aguardar á que le coja la impaciencia por volverse, y tengo la vista muy lince para que pueda equivocarme.

No olvides, así que se halle bueno, el enviarmele, esto es el dejarle que venga; mira que no entiendo de chanzas. Ya sabes que si me rio cuando lloro no me aflijo ménos; tambien me rio cuando me enfado, y no por eso tengo ménos rabia. Si tienes juicio, y haces las cosas de buena voluntad, te prometo enviarte con él un regalito bonito, que te gustará, y mucho; pero si no te das priesa á contentarme, no te enviaré nada.

P. D. Se me olvidaba; dime: ¿fuma nuestro marino? echa porvidas? ¿bebe aguardiente? ¿lleva un sable muy grande? tiene trazas de Flibustero? ¡Dios mio; que curiosidad tengo de ver que figura trae uno que viene de los antipodas!

CARTA 9.^a

DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE
WOLMAR.

TEN, prima, ahí te envío á tu esclavo, que ha sido el mio estos ochos dias, y que se ha hallado tan bien con sus cadenas, que se echa de ver que nació para servir. Dame las gracias por no haberle guardado otros ocho dias mas, porque, con tu licencia sea dicho, si hubiera aguardado á que se fastidiase conmigo, largo hubiera sido el enviártele. Así le he guardado sin escrúpulo, pero le he tenido de que se alojara en mi casa. Alguna vez he sentido en mí aquella elevacion de alma que desdena el servil bien parecer, y cae tan bien á la virtud. En este lance he sido mas tímida, sin saber porque; lo que es cierto es que mas me inclino á arrepentirme de esta escrupulosidad que á aprobarla.

¿Pero sabes tú porqué se hallaba aquí tan á su sabor nuestro amigo? Lo primero estaba conmigo, y te protesto que ya esto sobra para lle-

varlo todo con paciencia. Me evitaba enredos, me servia en mis asuntos, y un amigo no se fastidia en esto. La tercera cosa que ya tú has adivinado aunque finjas que no, es que me hablaba de ti, y si quitamos el tiempo que ha durado esta charladuria del que aquí se ha detenido, verías que poquita cosa para mí quedaba. ¡Pero que raro capricho apartarse de ti para tener el gusto de hablar en ti! No tan raro como parece. Está violento en tu presencia; es menester que esté sobre si sin cesar; la menor imprudencia fuera delito, y en estos lances los corazones honrados solo su obligacion escuchan; pero lejos de lo que quisimos todavía nos permitimos el pensar en ello. Si se sofoca un afecto que se ha hecho culpado, ¿porqué se ha de arrepentir uno de él cuando no lo era? ¿puede ser nunca delito la memoria de una felicidad que fué legitima? Yo pienso que á ti no te convendria este silogismo, pero á él puede serle permitido. Ha vuelto á empezar, por decirlo así, la carrera de sus antiguos amores; segunda vez ha corrido en nuestras conversaciones su primera juventud, me reiteraba todas sus confianzas, se acordaba de aquellos venturosos tiempos, que le era li-

cito amarte, pintaba á mi corazon los atractivos de una inocente llama,... sin duda que los hermoseaba.

Poco me ha dicho de su presente estado respecto á ti, y lo que me ha dicho mas que amor indica admiracion y respeto; de suerte que veo, que se vuelve muy mas seguro de su corazon de lo que vino. No quiere esto decir que cuando de ti se trata no se vea en lo interior de su corazon sobrado sensible cierta ternura que la amistad sola, no ménos afectuosa, expresa no obstante con otro tono; pero hace mucho tiempo que he notado que nadie te puede ver con sangre fria, y si con el universal afecto que inspira tu vista se junta el afecto mas dulce aun que le ha debido dejar una indeleble memoria, se hallará que es difícil, y acaso imposible, que sea con la virtud mas austera otra cosa de lo que es. Le he preguntado bien, le he observado y le he seguido mejor; le he examinado quanto me ha sido posible; no puedo leer bien en su alma ni él propio lee mas bien en ella; pero á lo ménos puedo asegurarte que está penetrado de la fuerza de sus obligaciones y las tuyas, y que mas horror le causaría formarse idea de Julia cor-

rompida y despreciable, que de su propia inquietacion. Prima, un solo consejo tengo que darte, y te ruego que hagas aprecio de él, evita recapacitar el tiempo pasado, y yo respondo del venidero.

Por lo que hace á la restitucion de que me hablas, es necesario no pensar en eso. Después de haber apurado todas las razones imaginables, le he suplicado, estrechado, perorado, reñido, besado, le he cogido ámbas manos, me hubiera hincado de rodillas, si me hubiera él dejado; ni siquiera me ha escuchado; y su cólera, su terquedad han llegado á jurar que ántes consentiría en no volver á verte que en desprenderse de tu retrato. Finalmente en un raptó de furia, haciéndomele tocar pegado á su corazon: ahí está; me dijo, con tan agitado tono que apenas podía resollar, ahí está ese retrato, la única prenda que me queda, y que aun me envidian; esté Vm. cierta de que no me le quitarán como no sea quitándome la vida. Créeme, prima, tengamos prudencia, y dejémosle el retrato. ¿Que te importa que se quede con él? El mal para él será si se empeña en conservarle.

Después de haber esplayado y aliviado su

corazon me ha parecido que estaba sosegado lo bastante para poder hablarle de sus asuntos. He hallado que ni el tiempo ni la razon le habian hecho mudar de sistema, y que oda su ambicion la ceñia á pasar su vida al lado de milord Eduardo. No he podido ménos de aprobar proyecto tan honrado, tan conforme á su carácter, y tan digno de la gratitud que á beneficios sin ejemplo debe. Me dijo que habias sido tú del mismo dictámen, pero que no habia roto el silencio el señor de Wolmar. Una idea me pasa por la cabeça, y es que atendida la extraña conducta de tú marido, y otros indicios, tengo sospechas de que cuenta con nuestro amigo para algun plan secreto que no dice. Dejémosle estar, y fíemos de su prudencia; su modo de obrar prueba que si es acertada mi conjetura no medita cosa que no haya de ser útil á aquel por quien tanto se esmera.

No me has pintado mal su figura y sus modales, y señal muy favorable el que le hayas observado con mas exactitud de lo que yo hubiera creído; pero no encuentras que sus largos trabajos, y la costumbre de sufrirlos han hecho mas interesante de lo que era otras veces su

figura? No obstante lo que me habian escrito me recelaba hallar en él aquella urbanidad afectada, aquellas monadas de cumplimiento que nunca dejan de adquirirse en París, y que en la muchedumbre de frioleras, que llenan los dias ociosos, se alaban de tener mas esta forma que la otra. Ya sea que no pegue este barniz en ciertas almas, ó que le haya borrado enteramente en él el ayre de la mar, yo no he distinguido ni el mas leve vestigio, y en todos los obsequios que me ha hecho solo he visto los deseos de contentar mi corazon. Me ha hablado de mi pobre marido, pero mas queria llorar conmigo que consolarme, y no me ha dicho sobre el asunto máximas de galanteo. Ha hecho halagos á mi hija, pero en vez de admirarse, como yo, de ella, me ha echado, como tú, en cara sus defectos, y se ha quejado de que la mimaba. Ha seguido con fervor mis asuntos, y no ha sido de mi parecer en casi nada. Eu cuanto á lo demas ántes me hubiera sacado los ojos el ayre que hubiera él pensado en correr una cortina, me hubiera fatigado en andar de un cuarto en otro, que no hubiera venido á tender con gracia delante de mí un faldon de su vestido. Ayer estuvo mi abanico por tierra

mas de un segundo; sin que hubiera échado á correr del otro extremo del cuarto, como para sacarle del fuego. Por las mañanas ántes de venirme á ver no ha enviado ni una vez siquiera á saber de mi salud. En paseo no afecta llevar el sombrero clavado encima de la cabeza, para hacer ver que sabe los buenos estilos (1). En la mesa varias veces le he pedido la caja del tabaco, y me la ha presentado siempre con la mano, y no encima de un plato como un lacayo; no ha omitido el brindar á mi salud á lo ménos dos veces á cada comida, y apuesto á que si se quedase aquí este invierno le veriamos sentarse con nosotras y calentarse como un hombre de antaño. ¿Te ries, prima? pues enséñame uno recién venido de Paris que haya conservado estas vejezes. En cuanto á lo demas me parece que en solo un punto ha empeorado nuestro

(1) En Paris, donde hay la manía de que sea cómoda y llana la sociedad, consiste esta llaneza en reglas de la importancia de las que aquí se apuntan. Todo es leyes y ceremonias en la buena sociedad. Todos estos estilos nacen y desaparecen como una exhalacion. El arte está en atisbarlos sin cesar, cogellos al vuelo, usarlos, y hacer que se sabe el de último cuño, todo para mayor sencillez.

filósofo, y es que atiende algo mas á las personas que con él hablan, lo cual no puede ménos de redundar en grave perjuicio tuyo, sin que baste, según pienso, para reconciliarle con la señora Belon. A mí me peta mas porque es mas grave y mas recio que nunca. Chica mia; guárdamele con mucho esmero hasta que yo vaya, que es justamente lo que yo necesito para hacer que rabie todo el dia.

Admirate de mí disimulo; nada te he dicho aun de la dádiva que te envío, y que muy en breve te promete otra; pero ántes de abrir mi carta ya la habias recibido, y tú que sabes cuanto la idolatro, y cuanta razon para idolatrarla tengo, tú cuya avaricia tanto este regalo codiciaba, convendrás en que cumpla mas de lo que habia prometido. ¡Ha, pobre niña! Cuando tú leas esto ya está en tus brazos, y es mas dichosa que su madre; pero dentro de dos meses seré yo mas dichosa que ella, porque sentiré mejor mi dicha. ¡Ay, cara prima! ¿no me posees ya toda entera? ¿Donde tú estás; donde está mi hija, que mas de mí falta? Ahí tienes á esa amable niña; recibela como tuya; te la cedo, te la doy; resigno en tus manos el poder maternal; enmienda mis yerros, en-

cárgate de los cuidados que tan mal, segun tú dices, desempeño yo; sé de hoy mas madre de la que ha de ser tu nuera, y para que yo la quiera mas todavía, hazla, si puede, ser otra Julia. Ya es parecida á tí en la cara, y por su genio colijo que será grave y predicadora; ya verás cuando le hayas quitado los resabios que me acusan de haberle dejado tomar que mi hija quiere tambien ser mi prima, pero mas feliz que ella, tendrá ménos lágrimas que derramar y ménos lides que vencer. Si le hubiera conservado el Cielo al mejor de los padres, ¡que léjos hubiera estado de violentar sus inclinaciones! ¡y que léjos tambien estarémos nosotros de oponernos á ellas! ¡con que gusto veo que ya estas favorecen nuestros proyectos! ¿Sabes que ya no puede hallarse sin su *maliito*, y que en parte por eso te la envió? Ayer tuve con ella una conversacion, de que nuestro amigo se memoria de risa. Primero no tiene ni el menor sentimiento de dejarme, á mí que todo el dia estoy hecha su humilde criada, que no le niego ninguno de sus gustos, y tú á quien teme, y que le dices *no* veinte veces al dia, tu eres la *mamita* por antonomasia, la que va á buscar con gozo, y cuyas denegaciones quiere mas que

todos mis confites. Cuando le dije que iba á enviártela puedes figurarte la alegría que hubo, pero para ponerla en cuidado añadí que en su lugar me enviarías tú al maliito, y esto no le pareció bien. Me preguntó muy descontenta que era lo que queria hacer de él, le respondí que le queria guardar para mí; y puso muy mala cara. Henrieta, ¿me le quieres ceder á tu maliito? No, me respondió con mucha séquedad. — No? ¿Y si yo no te le quiero ceder tampoco, quien nos pondrá acordes? — Mamá, la mamita. — Pues yo seré la preferida, porque ya tú sabes que quiere todo lo que yo quiero. — O, la mamita nunca quiere mas que la razon. — ¿Como, señorita, no es lo mismo? — La pícara se sonrió. Pero continué yo: ¿porqué no me ha de dar á mí al maliito? — Porque no es bueno para Vm. — ¿y porqué no es bueno para mí? — Otra risita con tanta malicia como la otra. — Di la verdad: ¿es porque crees que soy muy vieja para él? No, mama, sino que él es muy mozo para Vm... Prima, ¡una niña de siete años!... De verás que si no perdiera con ella el juicio, sería porque le tendría perdido.

Me divertí en provocarla mas. Henrieta, le dije poniéndome seria, yo te aseguro que

tampoco es bueno para tí : — ¿Pues porqué? me dijo en tono de sobresaltada. — Porque es demasiado atolondrado. — O mamá! si no es mas que eso, yo haré que tenga juicio. — ¿Y si por desgracia te hace él volver loca? Ha, querida mamá, que gusto fuera para mi el parecerme á Vm. ! — Parecerte á mi, insolente! — Si, mamá; ¿no dice Vm. todo el dia que está loca conmigo? pues yo estaré loca con él, y se acabó todo.

Bien sé que tú desapruebas estas preciosas parladuras, y que en breve sabrás moderarlas; yo tampoco quiero justificarlas, aunque me hechizan, sino solamente hacerte ver que tu hija quiere ya mucho á su maliito, y que si este tiene dos años ménos que ella, no será indigna de la autoridad que confiere la mayor edad. Tambien por la oposicion de tu ejemplo y el mio con el de tu pobre madre veo que no anda peor gobernada la casa, cuando gobierna la muger. A Dios, mi siempre amada; á Dios, mi querida inseparable; mira que se va acercando el tiempo, y que no se háran sin mi las vendimias.

CARTA 10^a.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

¡QUE de placeres muy tarde conocidos disfruto tres semanas hace! ¡que suave cosa es ver correr los dias en el seno de una sosegada amistad, al abrigo de los tormentos de las impetuosas pasiones! ¡Milord, que espectáculo afectuoso y grato el de una sencilla y bien arreglada casa, donde reynan el orden, la paz, la inocencia, donde sin aparato, sin ostentacion se ve reunido todo cuanto con el verdadero destino del hombre está conexo! El campo, el retiro, el sosiego, la estacion, la vasta llanura de agua que á mis ojos se presenta, el aspecto silvestre de las montañas, todo me acuerda aqui mi deleytosa isla de Tinian, y creo que veo cumplidos los ardientes votos que en ella tantas veces formé. Vivo una vida á mi gusto, y hallo una sociedad segun mi corazon. Solo faltan en este sitio dos personas para que se reuna en él mi felicidad entera, y tengo esperanza de que estén equi en breve.

